

CONTINUACION DE LA 1ª SESIÓN DE PRÓRROGA EL 9 DE OCTUBRE DE 1901

PRESIDENCIA DEL SEÑOR BENITO VILLANUEVA

SUMARIO:—Mensaje del poder ejecutivo contestando á la minuta relativa á la permuta de tierras efectuada para ensanche de los terrenos del cuartel de Liniers.—Asuntos entrados.—Se resuelve nombrar una comisión de quince diputados para que represente á la cámara en las fiestas del centenario del general Urquiza.—Aprobación sobre tablas de un proyecto de minuta de comunicación al poder ejecutivo manifestándole que la cámara vería con agrado se incluyera entre los asuntos á considerar en las sesiones de prórroga el proyecto relativo á la erección de un monumento á la memoria del general Urquiza.—Se señala la sesión del lunes próximo para tomar en consideración el proyecto de ley reformando la ley orgánica de la municipalidad de la capital.—Continúa la consideración del dictamen de la comisión de guerra en los proyectos de ley sobre organización del ejército.

DIPUTADOS PRESENTES

Alonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Balaguer, Balestra, Barraquero, Barraza, Barroetaveña, Benedit, Berrondo, Billordo, Bollini, Bouquet Roldán, Calderón, Cantón, Capdevila, Carlés, Carrasco, Carreras, Carreño, Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Demaria, Ezquer, Ferrari, Ferreyra, Fonrouge, Gálvez, García, Garzón, Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gouchon, Helguera, Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lucasa, Lacavera, Laferrère, Lagos, Lartigau, Leguizamón, Loureiro, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Outes, Pabelo, Parera (F. M.), Peña, Pérez, Reyna, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Seguí, Serna, Silva, Soldati, Tissera, Torino, Torres, Torres (R. F.), Ugarriza, Vedia, Videla, Villanueva, Vivanco (P.), Yofre.

AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Godoy (E.), Olmos, Varela Ortiz, Zavalla.

CON AVISO

Carbó, Casares, Castellanos (J.), Dantas, Echegaray, Falcón, Hernández, Leiva, Loveyra, Palacio, Parera (R.), Quintana, Vivanco (R. S.)

SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Avellaneda (M. M.), Belderrain, Bertrés, Bores, Bruchmann, Castellanos (A.), Gigena,

Gómez (M.), Lassaga, Luro, Rivas, Santamarina, Sarmiento, Ugarte, Usandivaras.

—En Buenos Aires, á 9 de octubre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, presente el señor ministro de la guerra coronel Pablo Riccheri, el señor presidente declara reabierta la sesión, siendo las 4 y 20 p. m.

ASUNTOS ENTRADOS

COMUNICACIONES OFICIALES

Buenos Aires, octubre 7 de 1901.

A la honorable cámara de diputados de la nación.

El poder ejecutivo ha recibido la minuta relativa á la permuta de tierras efectuada para ensanche de los terrenos del cuartel de Liniers, y se complace enviando á esa honorable cámara el adjunto expediente con los antecedentes que á aquella operación se refieren.

De acuerdo con esos antecedentes, el 16 de enero de 1900, hallándose en receso el honorable congreso, el poder ejecutivo, por acuerdo de ministros, aceptó la permuta de un área de terreno de 140.500 metros adyacentes al cuartel de Liniers, por otra de igual área, fiscal, ubicada á orillas del arroyo Maldonado, conocido con el nombre de Chacarita de los colegia-

ser en el concepto del señor diputado; pero no tiene el señor diputado derecho para anticipar de antemano el juicio de la cámara, puesto que hay muchos que piensan que debe hacerse desde ya una ley definitiva. Rectifico también que no se trata de un debate de una sola sesión; me parece que está equivocado el señor diputado; la discusión nos ocupará durante muchas sesiones.

De manera que estoy diametralmente en contra del señor diputado respecto de todas y cada una de las afirmaciones que ha hecho, y me parece que tengo razón en todas ellas. No demostraré el señor diputado ninguna de sus afirmaciones.

Sr. Garzón—Cuando yo me refería al señor diputado por la capital, era al señor diputado Bollini. *(Risas.)*

Ahora lamento mucho que un diputado tan ilustrado como el señor diputado por la provincia de Buenos Aires, doctor Demaría, se oponga á una moción hecha por mí. Siempre mi deseo es que él me apoye. *(Risas.)* Y ya que en esta ocasión no puedo tener su voto, espero que los demás señores diputados se pronuncien sobre mi moción y la voten como estimen conveniente; pero si el voto es favorable tendría mucha satisfacción al ver una deferencia más en mis distinguidos colegas.

Sr. Bollini—Pido la palabra.

Como al señor diputado por Córdoba le ha faltado el apoyo del señor diputado por Buenos Aires, *(Risas)* voy á proponer que este asunto se trate por su orden y según el turno que le corresponda en la orden del día.

Sr. Presidente—Se votará primero la moción del señor diputado por Córdoba: si se destina la sesión del lunes próximo para tratar el despacho de la comisión de legislación sobre la reforma de la ley municipal.

—Se vota, y resulta afirmativa.

Sr. Bollini—Pido que se rectifique la votación.

—Así se hace, con igual resultado.

COMISIÓN DE HACIENDA

Sr. Pérez—Pido la palabra.

La comisión de hacienda tiene muchos é importantes asuntos que tratar y está en minoría, puesto que el señor diputado Olmos se halla en Córdoba, el diputado Casares se encuentra enfer-

mo y el señor diputado Barraquero se ausenta á Mendoza.

Haría entonces indicación para que el señor presidente la integre provisoriamente.

—Asentimiento.

Sr. Presidente—Habiendo asentimiento por parte de la honorable cámara, se integrará en la sesión próxima.

ORDEN DEL DÍA

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Sr. Presidente—Se pasará á la orden del día con la consideración del proyecto sobre reorganización militar. La discusión ha quedado pendiente en el artículo 18, al cual el señor diputado Robert había hecho algunas observaciones.

Sr. Robert—Pido la palabra.

Antes de que se vote este artículo, voy á permitirme llamar la atención de la honorable cámara sobre un error en que ha incurrido el señor diputado por Entre Ríos, miembro de la comisión, al contestar una observación que hice al artículo en debate, en la sesión anterior.

Decía el señor diputado que la cuota mínima que fija el inciso no era obligatoria siempre, y que si las partes contratantes querían, podían no hacerlo. Pero fijándome más detenidamente en la ley, veo que no es así; veo que la disposición de la ley es imperativa para todos los casos, sin que haya excepción alguna. De manera que mi observación queda completamente en pie. La permuta admitida por esta ley es justamente para los ricos; pero para los estudiantes pobres, para los comerciantes é industriales no existe, aun cuando tengan la suerte de encontrar una persona que gratuitamente quiera hacer el servicio por ella. Tienen que depositar 600 pesos como cuota mínima en un banco á disposición del ministerio de la guerra; aunque el que haya resuelto hacer el servicio de mayor tiempo proceda así en vista de una necesidad imperiosa, de aquellas que no reconocen limitación alguna.

Sr. Sánchez—Pido la palabra.

Para hacer una observación, por no dejar pasar este artículo.

Desde el momento que se permite la permuta, creo que se debe dejar á los conscriptos libertad de contratar. Es un mal principio el consignado en este

proyecto contra la libertad de contratar. Además, se dispone que la cuota se pagará en la forma que establece la ley, creándose así un sistema verdaderamente pupilar para los ciudadanos soldados.

Hago esta observación para que la cámara la tome en cuenta.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

La comisión piensa que no se atenta contra la libertad de contratar entre las partes, puesto que sólo se establece un *minimum* que quedará depositado á efecto de garantizar al gobierno contra posibles deserciones. No tiene otro alcance. Si terminado el servicio, el sustituto ha querido hacer la permuta gratuitamente, devolverá ese dinero á la persona que lo haya depositado.

Sr. Sánchez—No quiero hacer discusión; simplemente quería hacer esta observación de paso.

Sr. Ugarriza—Pido la palabra.

Para decir simplemente que la cámara puede votar este artículo sin escrúpulo alguno, pues las disposiciones en él contenidas son perfectamente válidas, aun considerando el acto de la permuta bajo el punto de vista del derecho civil, porque no es exacto, como se ha dicho, que sea un contrato entre el sustituto y el substituído solamente, sino que es un contrato entre tres partes, siendo la tercera el gobierno que interviene en él y en salvaguardia de sus derechos establece las prescripciones que contiene el artículo.

Sr. Presidente—Se votará el artículo por partes, como lo ha pedido el señor diputado Robert.

—Se aprueba el artículo 18 en discusión en la forma despachada por la comisión, rechazándose las enmiendas propuestas por el señor diputado Robert.

Sr. Romero—Pido la palabra.

Pido al señor secretario se sirva dar lectura de un artículo que deseo intercalar en este proyecto de ley.

Sr. Secretario Ovando (*leyendo*).—«Los miembros del clero católico prestarán en el ejército de la nación, en caso de guerra, los servicios propios de su ministerio.»

Sr. Romero—Señor presidente...

Sr. Olivera—Pido la palabra.

Para observar que no es el momento de introducir este artículo en la discusión.

Sr. Presidente—Permitame el se-

No sé si el señor diputado deseaba hacer uso de la palabra para fundar el artículo de que es autor.

Sr. Romero—Sí, señor, para fundarlo. Por eso me admira que el señor diputado, que no acepta interrupciones, me haya interrumpido en el uso de la palabra.

Señor presidente: el objeto del artículo cuya lectura acaba de hacer el señor secretario, es doble: deseo evitar en el título de las excepciones una discusión estéril; pero sobre todo y principalmente deseo sacar al miembro del clero católico del capítulo de las excepciones y pedir para él un puesto de honor y de deber en el ejército de la nación. (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

Siempre he visto, señor presidente, dentro de mi modesta opinión de sacerdote, con malos ojos, que en todas las leyes militares anteriores á la que se está ahora discutiendo, el sacerdote entra en las excepciones, cual si él, siendo argentino, no tuviera también el deber de dar su sangre, su vida, si necesario fuere, por los destinos y la honra de la bandera baj, la cual ha nacido. (*¡Muy bien!*)

Por derecho natural, por derecho positivo, así civil como canónico, estamos obligados nosotros á presentarnos dónde quiera que estén los soldados que representan la defensa y el honor de la patria. (*¡Muy bien!*) Estar presentes para correr la suerte que ellos corran y para desempeñar la misión propia de la carrera que hemos tomado.

Por esto, pues, quiero que quede fijamente determinado cuál es el servicio que por deber de conciencia, por deber de patriotismo, debe el clero prestar, y por eso es que presento este artículo, manifestando en él que los clérigos deben dar el tributo de servicio propio de su ministerio.

El artículo está calculado y estudiado en todos sus términos para que no se nos haga la observación de que vivimos siempre dentro de las excepciones; por eso digo que todos los miembros del clero católico deben prestar sus servicios en el ejército de la nación en caso de guerra, conforme á su ministerio; y con esto determino clara y netamente que los seminaristas que no hubiesen recibido las órdenes sagradas están también obligados á prestar sus servicios en el ejército de conscripción, en el ejército permanente de la nación (*¡Muy bien!*), y que solamente aquellos que hubiesen recibido las órdenes sagradas son

los que deben prestar el servicio correspondiente á su estado propio. Quiero decir, señor presidente, que siendo la carrera del clérigo una carrera de caridad, y abnegación, no se le puede exigir que vaya á tomar un cañón, que vaya á tomar un fusil, que vaya á tomar una lanza; pero puede ir el sacerdote de corazón bien templado, á recoger al hermano herido que está combatiendo por la patria, y que puede caer bajo el fuego de la metralla... (*Aplausos.*)

Y al hablar de esta manera, tengo la altísima satisfacción de manifestar que mi palabra no es una voz aislada: es la palabra de todo el clero argentino desde Buenos Aires hasta Jujuy. Así piensan todos mis hermanos, porque todos no cedemos á nadie en el amor y en la defensa de la patria, y entendemos, según la frase de monseñor Freppel, que la causa de Dios y de la patria debe ser una sola para el sacerdote! (*Muy bien! Aplausos.*)

Bien, pues, señor presidente: con estas simples palabras, fundo este artículo y pido su inserción en la ley, ya sea incluyéndolo en ella como disposición separada, sea incluyéndolo en las disposiciones generales, con el número de orden correspondiente á dicha parte.

He dicho. (*Muy bien! muy bien! Aplausos.*)

Sr. Presidente—La honorable cámara debe resolver previamente si este artículo entra á ser considerado en seguida, ó pasa á comisión.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

La minoría de la comisión de guerra acepta complacida la incorporación de ese artículo en la ley.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Sr. Presidente—Antes debe resolver la cámara si se discute el artículo.

Sr. Demaría—Es que estas declaraciones pueden influir en el ánimo de la cámara, inclinándola en el sentido de tratar este artículo nuevo sobre tablas. Por eso es que he aprovechado la oportunidad de hacerla.

Sr. Presidente—Tiene la palabra el señor ministro de la guerra.

Sr. Ministro de la guerra—Era para manifestar, señor presidente, que el poder ejecutivo se complace en hacer plena justicia á las declaraciones del señor diputado por Santa Fe, y no puede menos que aceptar con satisfacción que el artículo que ha propues-

to se incluya en la ley de organización del ejército.

—Se resuelve tratar el artículo inmediatamente.

Sr. Olivera—Pido la palabra.

¿Quiere tener la bondad el señor secretario de leer nuevamente el artículo propuesto?

—Se repite la lectura.

Sr. Olivera—La observación que hice al principio sobre la inoportunidad de presentar este artículo á la discusión cuando no correspondía por los incisos que se están tratando, tenía su razón de ser.

No sé si habrá llegado á oídos del señor diputado Romero que yo tenía la decidida intención de proponer que fueran privados los seminaristas de la excepción propuesta por la comisión y por el poder ejecutivo, en virtud de la cual se les exime del servicio obligatorio en el ejército; y parodiando una frase de Napoleón, diré que soy desconfiado como el hombre de la naturaleza, y que me pareció que la impaciencia casi, manifestada por el señor diputado por Santa Fe en presentar este artículo, se debía al deseo, muy legítimo por otra parte, de arrancarme el honor de ser yo quien hiciera esta proposición; pero ese temor ha desaparecido leyendo el artículo propuesto.

Voy á oponerme decididamente á él, y creo que no me será difícil demostrar que lejos de importar la incorporación del sacerdote al ejército una ventaja, importaría el fracaso más completo de la idea que ha informado el proyecto del poder ejecutivo y por el cual he tenido el placer de votar.

Se comprendería que en una máquina de guerra se nos propusiera la admisión de todos los instrumentos eficaces para la guerra. Me dije para mí: ¡cómo! ¿el sacerdote quiere pelear? Pero la segunda lectura que pedí á la secretaría, porque casi no me atrevía á creer en la habilidad demostrada por el señor diputado por Santa Fe, me ha convencido de que de lo que se trata es de introducir un virus en el ejército. (*Risas.*)

Los señores diputados deben saber que la moral actual de la iglesia católica es la moral de la Compañía de Jesús.

Después de anulados ó condenados por los papas los artículos que fueron observados por el parlamento de París, y que se referían á la aceptación

por parte de la Iglesia de las más monstruosas immoralidades que han condenado los códigos de todas las naciones civilizadas, se ha hecho una evolución en el seno de ella, por medio de la cual, sin que el Vaticano dé nuevo valor á aquellas proposiciones condenadas, los padres de la Iglesia que inspiran la milicia católica las han adoptado de nuevo, las han defendido, las han aplicado y hacen de ellas propaganda.

Los catecismos que sirven para la instrucción en los colegios religiosos de Francia, por ejemplo, han sido ó directamente redactados por obispos ó dignidades de la Iglesia, ó aprobados por ellos en sus respectivas diócesis.

Sr. Demaría—Pido al señor presidente que llame á la cuestión al señor diputado! Está fuera de ella.

Varios señores diputados—No está fuera de la cuestión.

Sr. Demaría—Nada tiene que ver con el servicio militar...

Sr. Olivera—Ruego al señor diputado que no sea intolerante.

Sr. Demaría—Lo que exijo al señor diputado es respeto para mis creencias!

Sr. Olivera—No estoy ofendiendo las creencias de nadie.

Sr. Presidente—¿El señor diputado insiste en que se llame á la cuestión al orador?

Sr. Demaría—Parece que bastará con esta indicación.

Sr. Olivera—No acepto la indicación, porque no es pertinente: no estoy fuera de la cuestión. (*Muy bien!*)

Sr. Demaría—Hago presente al señor diputado que exijo respeto para mis creencias como lo tengo para las de todos los demás!

Sr. Olivera—Es fácil comprender que para demostrar la ineficacia de la proposición que se nos hace debo demostrar en qué consiste esa ineficacia y por qué el sacerdote en lugar de representar una ventaja para el ejército, sería un verdadero peligro.

Estoy entonces trazando, y bien brevemente, el perfil, apenas la vaga silueta, de lo que constituye hoy el organismo moral que se trata de introducir en el ejército.

Es entonces una intolerancia del señor diputado querer impedirme que explique las razones en que fundo mi voto.

Los catecismos á que me he referido, han sido ampliados por libros de teología entre cuyas proposiciones, á pro-

pósito del ejército, se nota la siguiente: ningún miembro de la iglesia católica tiene obligación de servir en el ejército de su país siempre que ello repugne á su conciencia.

Ya no se trata, como se ve, de sacerdotes miembros de la iglesia. Se trata de todos los ciudadanos que están vinculados á la iglesia católica, entre quienes se hace propaganda desde el confesionario, cuando no desde el púlpito, para que en el caso de que los gobiernos los llamen al servicio militar opongan la excepción teológica de que ellos no están conformes con esa función militar, y que por consiguiente no la desempeñan.

Los códigos teológicos á que me refero llegan hasta aconsejar á los conscriptos en esa situación de ánimo que huyan del ejército. ¿De qué eficacia sería, pues, introducir en la máquina de guerra que queremos formar, esta multitud de focos de veneno que difundirían la propaganda subversiva que inspiran esos códigos teológicos en contra del objeto mismo de la máquina?

Luego, esa proposición, en lugar de ser una ventaja, es simplemente una verdadera... ¿cómo se dice... *guet-apens*?... (*Volviéndose al señor ministro de la guerra, que está á su lado.* — *El señor ministro le contesta en voz baja.*) ...una verdadera acechanza que se nos propone que aceptemos.

Los señores diputados saben que la eficacia de la tropa, — se ha encargado de demostrarlo principalmente el señor ministro — depende sobre todo del número y de la solidez de las clases, que como apoyos tácticamente colocados en una masa de poca cohesión, dan á cada grupo la solidez que permite realizar los prodigios de la guerra.

Si al mismo tiempo que constituimos una máquina en ese sentido admitimos la presencia del sacerdote católico, que como se ve por la ingenua proposición con que ha sido fundada, no va á pelear, sino á recoger los heridos y hacer los servicios *proprios de su ministerio*, es decir, á derramar esas nociones contraproducentes de lo que se busca con el servicio militar, ¿no se nos podría decir que hemos cometido una verdadera insensatez?

Yo propondré á su tiempo que se admita en el ejército al seminarista, porque ese todavía, como que no es un sacerdote formado, como es solo un proyecto de esterilidad, (*Risas*) no solamente puede ser trabajado en el sentido mili-

tar que se busca, sino que podemos compelerlo á cumplir la obligación sagrada para todo ciudadano y hacerle el maravilloso servicio de arrancarlo á un ambiente, á una atmósfera que priva al estado del concurso de muchísimos hombres útiles.

Luego esta proposición no debe ser aceptada, si queremos ser lógicos. En el ejército no debe haber religión, por que en el ejército no se va á suplicar ni á encender velas á los santos; se va á matar al enemigo; se va á ser violento, salvaje, brutal; se va justamente á buscar el olvido de todos los instintos suaves.

Sr. Demaría—El que entra en combate se acuerda de las oraciones que le ha enseñado la madre!

Sr. Olivera—No le había permitido la interrupción; pero se la ha tomado, lo que es una verdadera intolerancia católica también.

Lo que se va á buscar en el ejército, como digo, es el olvido de los instintos, aun del más grave, el instinto de la conservación. Por consiguiente, no debemos admitir entonces sino á los individuos más aptos para esa función.

El sacerdote queda en los templos. Predica contra la legislación del estado, cuando no le conviene, como hace ahora con el registro civil, con el matrimonio civil y con el proyecto de divorcio. Le queda toda la propaganda subversiva de la familia y aun de las mismas leyes que, como ésta, están inspiradas en el más sagrado amor del territorio. Le queda el confesionario, el consejo al moribundo, las hábiles insinuaciones sobre los mejores abogados á los cuales se pueden confiar los pleitos en que hay algún dinero á repartir... (*Risas*).

Todo eso le queda al sacerdote. (*Aplausos en la barra.*)

Sr. Demaría—[Esa es simplemente una impertinencial]

Sr. Olivera—[Muchas gracias!]

Sr. Demaría—No hay de qué, señor diputado!

Sr. Presidente—Ruego al señor diputado por Buenos Aires que no interrumpa al orador. Después podrá contestar.

Sr. Olivera—Antes de continuar, señor presidente, deseo que la cámara tome conocimiento de la frase que me ha dirigido el señor diputado y que entiendo debe ser previamente levantada, antes de que yo continúe en el uso de la palabra. (*Muy bien!*)

Sr. Demaría—No tendría inconveniente en levantarla cuando el señor diputado retire la frase que la ha ocasionado! (*Muy bien!*)

Sr. Olivera—Señor presidente: es el momento de demostrar que tengo realmente la serenidad que pretendo en todas las ocasiones y de que he dado muchas pruebas en todos los debates. Si yo he pronunciado alguna frase que directa ó indirectamente haya significado una ofensa para el señor diputado, la retiro...

Sr. Presidente—Invito al señor diputado por Buenos Aires...

Sr. Demaría—Hago más las palabras del señor diputado!

Sr. Olivera—... pero si yo no he pronunciado frase que pueda herir personalmente al señor diputado, no retiro nada.

Sr. Demaría—Hago más las palabras del señor diputado!

Sr. Presidente—Con las declaraciones de los señores diputados, queda terminado el incidente.

Continúa con la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Olivera—Señor presidente: yo estoy acostumbrado á tratar mis propios sentimientos, no ya mis creencias y opiniones, sino mis propios sentimientos, con la rigidez con que el hombre de ciencia trata todos los fenómenos. No hay en mis palabras, ni habrá jamás el deseo de herir personalmente á nadie; pero cuando se trata de creencias y de opiniones que yo entiendo, como diputado, como ciudadano y como hombre de estudio, que no concuerdan con las aspiraciones de la civilización á que pertenezco, las trato con la misma rigidez con que trato mis sentimientos. Esta es una declaración oportuna, porque ahora ó más adelante es posible que realicemos debates en los que se pueda creer que al herir virilmente, con toda franqueza, las opiniones que me parecen desventajosas para la civilización de mi país, se crea ver en ello una alusión, una mortificación al amor propio ó á la vanidad de alguien: no es esa, como digo, ni será nunca mi intención. (*Muy bien!*)

Decía: el sacerdote tiene un terreno, y yo se lo respeto, hasta con su intolerancia; pero que nos deje á nosotros el resto.

Nosotros representamos al estado, que va hacia adelante, que tiene la higiene, la vigilancia de los deberes y de las ventajas relativas á la constitución so-

cial. Nosotros nos ocupamos de vigilar el alimento, la limpieza de las calles, la policía, la legislación; nos ocupamos de los delitos, de relaciones matrimoniales, de todas las cosas, en fin, de que depende la civilización.

El sacerdote tiene una órbita completamente diferente; no tiene para qué venir al ejército.

Esa proposición es realmente serpentina; podría el ejército decir de ella si la aceptáramos — lo que la mujer dijo á Dios en el paraíso: *Serpens me decepit*: me engañó la serpiente.

No, llamemos al seminarista, que puede ser un concurso para el ejército; al sacerdote, no, porque no tiene misión allí. El rezará por las almas de los que mueren en el cumplimiento del deber; pero que nos deje á nosotros, los laicos, los que militamos, el trabajo positivo y práctico de ofrecernos al peligro.

Ellos, sabiamente, se han escapado por todas las leyes de esta clase de cargas; y no es por la aparentemente generosa proposición de un diputado que pertenece al clero, que podría ser derogadas la legislación secular de la iglesia católica que cuidadosamente ha sacado al sacerdote de todo peligro.

Deseo saber, entonces, si esta proposición ha de tratarse ahora, inmediatamente después del artículo que se vota, ó si ha de tratarse en el momento en que debió ser presentada.

Sr. Presidente—La presidencia entiende que la cámara ha resuelto que se trate sobre tablas, á continuación del artículo.

Sr. Olivera—Entonces, que quede constancia de mi voto en contra.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Para hacer una observación.

Si al más laico de los soldados, atravesado por una bala enemiga en el campo de batalla, viene el más genuino representante de cualquier iglesia á levantarle del campo y llevarle á un hospital, me parece que difícilmente en ese momento rechazará su concurso! (*Muy bien!*)

Sr. Alfonso—Pido la palabra.

Simplemente para fundar mi voto en una consideración que nadie discutirá.

El ejército argentino se compone, á Dios gracias, y se ha de componer por mucho tiempo, de soldados cristianos, y más que de cristianos, de católicos.

El soldado que tiene sus creencias íntimas y que adora á Dios del fondo de su alma, sirviéndole como cree que debe servirle, al verter su sangre por la

patria morirá tranquilo recibiendo los auxilios de la religión en el momento que expira; y no concibo misión más noble que la del sacerdote que en cumplimiento de su deber va á prestar al soldado caído los grandes, los incalculables, los inmensos beneficios de la religión!—(*Aplausos*).

Sr. Olivera—Pido la palabra.

¿Rebajemos un poco la temperatura? No nos exaltemos... porque, lo repito, no es con la pasión que se debe legislar. Se trata de construir una máquina de guerra, una máquina que á temperamentos como el de Napoleón y Wellington, ha helado muchas veces la sangre en las venas, según ellos lo han confesado, por el horror que en algunos casos presentan los campos de batalla.

Luego no es con la ternura de los sentimientos religiosos que se deben considerar los fenómenos de la guerra, no es con los recuerdos del hogar, con las caricias de la madre, con las aspiraciones del adolescente, ni con los sueños de gloria del adulto: es con el criterio frío, positivo del psicólogo.

¿Sabe el señor diputado—que está aserverando que puede ser para los que tengan la desgracia de caer bajo el plomo del enemigo una ventaja el ser recogidos por un sacerdote católico, — cómo se hacen en realidad los soldados? ¿No ha leído alguna confesión de gran escritor y de gran militar?

Le recomendaré un libro interesante: *Études sur le Combat, par le colonel Ardent du Picq*; en él encontrará esto: hay algunos hombres de valor, sí, *mais ils sont très rares*, pero son muy raros; porque el soldado no es, como dije en la sesión anterior, el hombre en su estado natural: es un producto artificial en el cual se ha mecanizado, se ha automatizado ciertos movimientos, para que en el momento en que su instinto de conservación le manda huir, esa mecanización le impulse adelante.

Un hombre no es un soldado, dice Napoleón en una de sus cartas,—he leído las treinta y cuatro mil cartas de Napoleón,— un hombre no es un soldado; un hombre necesita cuando menos un año de instrucción y dos de combate para ser soldado.

Luego no cometamos el error de admitir en las filas un elemento de entenercer, de ablandar, de volver el espíritu al estado anterior, y que con tanto empeño trata de deshacer justamente el instructor militar.

Los soldados de la revolución france-

sa que triunfaron en Jemmappes, por ejemplo, no fueron el resultado de la instrucción ni de las declaraciones religiosas ó filosóficas; fueron el resultado del terror que en ese momento violaba el territorio de la Francia, haciendo el sacrificio de ancianos, mujeres y niños; era el sable de los *Septembriseurs*, que en las calles de París les presentaba la imagen de la muerte deshonrosa, deprimente, lo que les obligaba á ir, bajo las órdenes de Dumouriez á derrotar al enemigo exterior; y es así, á fuerza de ese heroísmo mecanizado, que se ha podido llegar á los prodigios de Rivoli, Marengo, Austerlitz, Wagram, sin sacerdotes!

El sacerdote ya figura en el ejército como confesor, como capellán, para el caso de agonía, en que el sentimiento religioso, provocado por la hemorragia, hace menos duro el trance de pasar al otro mundo. Pero ese es el oficio único del sacerdote; no hay para qué admitirlo en las filas. Si lo tendrían que poner preso á cada momento! (*Risas*).

Sr. Balestra—¿Por qué?

Sr. Olivera—Porque estaría haciendo propaganda subversiva, porque estaría haciendo firmar solicitudes contra el divorcio, porque estaría haciendo el trabajo opuesto al que haría el instructor del cuadro, el capitán de la compañía; porque no es posible tener un estado dentro del estado, como tenemos nosotros.

¿Dónde se ha visto una gran civilización en que se permita deshacer la obra del legislador y del político y del gobernante, por medio de un instrumento organizado como la iglesia católica está entre nosotros?

Ella puede subir al púlpito á combatir la legislación, á sostener, por ejemplo, que el diputado Olivera, autor del proyecto de divorcio, es un *borracho consuetudinario*, como lo han hecho no sé cuántos curas de los que tienen parroquia en Buenos Aires, como lo ha hecho el cura del Pilar, como lo hacen todos los días. Es por esa propaganda, por ese espíritu que los mantiene alejados de la civilización ó que los mantiene apegados, como los parásitos, á las plantas y á las flores; es por eso que voto en contra.

He dicho.

Sr. Fonrouge—Pido la palabra.

He oído, señor presidente, esta discusión tan ilustrada, he oído con todo el respeto debido al autor del artículo que está en debate y he llegado hasta

entusiasmarme con las razones expuestas al fundarlo. Sin embargo, dado el giro que ha tomado la cuestión, parece que se trata ya de saber si el clero debe ser excluido ó nó del servicio militar. Parece que se trata de introducir en el ejército un nuevo mecanismo. No es ya el inciso del proyecto del poder ejecutivo que excluye á los seminaristas del servicio obligatorio: es algo indudablemente más grave, de mayor transcendencia.

No tengo una opinión hecha al respecto. No he hecho profesión de fe y soy perfectamente tolerante; pero sí creo que si se trata de introducir con este artículo un nuevo mecanismo en la constitución del ejército, la cuestión se hace sumamente seria y muy transcendental. No podríamos, bajo la impresión de las elocuentes palabras del señor diputado que lo fundó, resolverla acertadamente, y en este sentido, yo hago moción para que el artículo pase á comisión, á fin de que sea estudiado detenidamente y se traga con ese estudio á la resolución de la cámara.

—Apoyado.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

¿Quiere tener la bondad el señor secretario de dar lectura del artículo propuesto por el señor diputado por Santa Fe?

—Se lee nuevamente.

Sr. Demaría — Bien, señor presidente. ¿Cuáles pueden ser esos servicios y en qué condiciones pueden prestarlos? Pueden ser todos los servicios que no impliquen la función de matar; y son muchos los servicios que hay en nuestro ejército que no implican la función de matar.

Segundo punto: ¿en qué condiciones pueden prestarlos? Exactamente en las mismas condiciones en que está cualquier soldado del ejército. El artículo no hace la menor distinción: no se trata de introducir ningún mecanismo nuevo dentro del ejército, ni de establecer un estado dentro del estado. Quedarán simplemente en las condiciones de cualquier soldado con esta única limitación: no podrán ser empleados en la función de matar.

De manera que me parece que estas declaraciones tan amplias de la minoría de la comisión de guerra, no dejarán dudas en el espíritu del señor diputado acerca de que se pretenda introducir un nuevo mecanismo en el ejército.

Sr. Fonrouge—Continúo.

Hasta llegaría á afirmar que estoy seguro que el señor ministro de la guerra, cuando á nombre del poder ejecutivo ha adelantado una opinión favorable á ese artículo, lo ha hecho bajo la misma impresión en que estábamos los diputados que hemos creído que el fondo del artículo tendía simplemente á establecer que los seminaristas debían prestar sus servicios en el ejército; pero no á establecer un mecanismo extraño dentro del ejército mismo.

Insisto en esto.

A mí me han conmovido las palabras tan bien dichas y tan patrióticas del señor diputado por Santa Fe; pero ahora me he dado cuenta, después de la forma ilustrada en que se ha desarrollado el debate, que es un artículo muy serio y muy transcendental, y que es necesario que se estudie bajo una temperatura más fría, es decir, una vez que hayamos olvidado la impresión tan halagüeña del discurso del señor diputado por Santa Fe.

Por eso insisto en que se aplace la discusión del artículo y pase á comisión. Y entretanto, á fin de no perder tiempo, podemos seguir considerando los artículos restantes del proyecto.

—Apoyado.

Sr. Sánchez—Pido la palabra.

He apoyado la moción de que el artículo pase á comisión, porque creo que establece el servicio obligatorio que pueden prestar los sacerdotes del clero argentino en tiempo de guerra. Esto quiere decir, señor presidente, á primera vista, que todos los sacerdotes del clero católico, en tiempo de guerra, tendrán que abandonar los templos y las iglesias, porque me parece que esta prescripción es para todos, no excluye á ninguno.

Esta reflexión que hago, me demuestra que el artículo tiene su importancia y gravedad, y que no ha debido tratarse sobre tablas, como se está tratando. Por eso he apoyado la moción.

Esto es lo que primero se me ha ocurrido. Porque se dice clero católico y no clero argentino...

Sr. Romero—Pido la palabra.

Deseo contestar á los señores diputados por las provincias de Buenos Aires y de Corrientes sobre las observaciones que han hecho. En cuanto al discurso pronunciado por el señor diputado Olivera

Sr. Olivera—... por la provincia de Buenos Aires.

Sr. Romero—... me veo en la necesidad de omitir absolutamente toda réplica, porque habiúo, señor presidente, tratar estas cuestiones con un criterio muy elevado, sin herir á ninguno de los diputados aquí sentados. Y cuando delante de mí, que llevo sotana, se acaba de decir que el clero argentino ha de ser un virus en el ejército de mi patria, tengo derecho á decir que he sido ofendido; y no reclamo de las palabras del señor diputado, porque la historia, la experiencia y la conciencia de la nación saben y atestiguan perfectamente que esas palabras no tienen razón de ser. (*Muy bien! Aplausos.*)

Al decir, señor presidente, que han de prestar el servicio propio de su ministerio, es bien entendido que este servicio ha de ser bajo la autoridad, bajo la dirección del poder ejecutivo, á quien corresponde reglamentar esta ley.

Y así como tiene hoy el poder ejecutivo reglamentado el cuerpo de capellanes que sirven en el ejército y también en la marina, de igual manera, levantado el ejército de la nación en caso de guerra, el poder ejecutivo pedirá á las autoridades eclesiásticas el número de sacerdotes que crea conveniente y adecuado para las necesidades que se pudieran ofrecer, y no iría un solo sacerdote más de los que pidiera el poder ejecutivo por medio de los obispos, con los cuales debe entenderse.

Sr. Sánchez—Eso no dice el artículo.

Sr. Romero—Pero lo dice la constitución, porque es al poder ejecutivo á quien incumbe reglamentar esta ley...

Sr. Fonrouge—Es justamente lo que debe evitarse.

Sr. Romero—Él determinará en qué forma y de qué manera se han de prestar estos servicios.

Luego, pues, no habrá más sacerdotes que aquellos que pida el poder ejecutivo á los obispos y que éstos designen.

Puesto que el ejército se divide en tres grandes partes, guardia nacional, reserva, territorial, como no han de reunirse todas á la vez, han de quedar necesidades que atender en los pueblos, y para eso estará obligado el que sea llamado según su edad, condiciones, etc. No hay ningún mecanismo.

En consecuencia, creo que con estas explicaciones desaparecen las razones dadas por el señor diputado por Buenos Aires para pedir el aplazamiento.

Sr. Gómez (C. F.)—Pido la palabra.

Simplemente para hacer presente al señor diputado por Buenos Aires que la moción de que este artículo vuelva á comisión, importa que vuelva todo el proyecto.

Sr. Fonrouge—No importa eso; he sido bien claro.

Sr. Gómez (C. F.)—Los artículos 126 y 127 del reglamento resuelven expresamente el caso, conjuntamente con los artículos 118 y 119.

«Artículo 126. Durante la discusión en particular de un proyecto podrán presentarse otro ú otros artículos, que substituyan totalmente al que se estuviese discutiendo, ó modifiquen, adicionen ó supriman algo de él.»

«Artículo 127. En cualquiera de los casos de que habla el artículo anterior, el nuevo artículo ó artículos deberán presentarse escritos, procediéndose en seguida de conformidad á lo prescripto en los artículos 117, 118 y 119.»

Y dice el artículo 118: «Si el proyecto de la comisión ó el de la minoría, en su caso, fuese rechazado ó retirado, la cámara decidirá respecto de cada uno de los nuevos proyectos, si han de pasar á la comisión ó si han de entrar inmediatamente en discusión.»

«Artículo 119. Si la cámara resolviese considerar los nuevos proyectos, esto se hará en el orden en que hubiesen sido presentados, no pudiendo tomarse en consideración ninguno de ellos sino después de rechazado ó retirado el anterior.»

Sr. Fonrouge—No veo nada...

Sr. Gómez (C. F.)—Hay cincuenta resoluciones de la cámara en ese sentido.

«Si la cámara resolviese considerar los nuevos proyectos, esto se hará en el orden en que hubiesen sido presentados, no pudiendo tomarse en consideración ninguno de ellos sino después de rechazado ó retirado el anterior.»

Sr. Fonrouge—Aquí se trata de un nuevo artículo.

Sr. Gómez (C. F.)—Anteriormente se ha resuelto la cuestión de que en particular se aplican los artículos que se refieren á la discusión en general.

Sr. Presidente—Ruego á los señores diputados que se dirijan á la presidencia y que pidan la palabra para que pueda haber orden en la discusión.

Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Gómez (C. F.)—No agregaré

más. No puede volver á comisión este artículo sin que importe volver todo el proyecto. Eso es lo que yo entiendo.

Sr. Vivanco (P.)—Pido la palabra.

Me parece que los artículos que acaba de leer el señor diputado por Santa Fe claramente demuestran que no son aplicables al caso actual, puesto que se refieren á la modificación, al rechazo ó al reemplazo de artículos de un proyecto que se discute en particular. No se trata de eso aquí, ni de rechazar, ni de modificar, ni de reemplazar un artículo determinado, sino sencillamente de proponer un nuevo artículo que no existe en la ley, artículo que se relaciona con la cláusula g del artículo 98, título 11, que se refiere á las excepciones.

Dice la cláusula: «A los miembros del clero regular, del clero secular y seminaristas, así como á los ministros de todas las religiones.»

Esta amplia cláusula aparece por el proyecto del señor diputado por Santa Fe restringida en su casi totalidad, puesto que importa substraer del capítulo de las excepciones á los miembros del clero regular y secular.

Bien; como esta ley se refiere á la organización del ejército, y se ha dicho que todo argentino debe formar parte de este ejército, sea nativo ó naturalizado, el artículo propuesto por el señor diputado por Santa Fe no puede comprender sino á los miembros del clero regular y secular argentino.

Sr. Romero—Eso es.

Sr. Vivanco (P.)—De este punto de vista, señor presidente, es muy difícil entre nosotros, cualesquiera que sean las creencias religiosas,—y respecto de las cuales hemos dado más de una vez pruebas de cultura, como en ningún parlamento del mundo: aquí hay una amplia libertad para decir lo que se piensa y lo que se siente, lanzándolo serenamente al terreno de la discusión,—me parece, digo, que colocado en estos términos, el artículo del señor diputado por Santa Fe nos pone en el caso, á nosotros argentinos, de no cerrar las puertas tampoco á los sacerdotes argentinos para que presten servicios en la única forma en que pueden hacerlo. Y en este caso yo no comprometo ninguna creencia; me parece solamente que es conveniente facilitar á esos hombres el medio de que vengan á prestar á la patria un tributo que no tiene por qué negárseles...

En consecuencia, he de votar con tal que se aclare expresamente el alcance

de este artículo y no se comprometa la economía de la ley para que estos miembros del clero regular y secular formen también parte del ejército.

De manera que el peligro á que se refiere el señor diputado desapareciera, porque solamente en ciertas ocasiones excepcionales entrarían á formar parte del ejército y solo para servicios sumamente limitados.

A mí no me parece, señor presidente, que las guerras hayan sido nunca impedidas por motivos religiosos; al contrario, quizá la historia demostrase que la mayoría de las guerras se han realizado en la humanidad precisamente por motivos religiosos, y no sé que el concepto católico haya evitado alguna guerra, ni he visto que un católico no haya ido al campo de batalla por tal razón.

De manera, entonces, que la religión no es nunca un inconveniente para guerrear. Así me parece que pueden salvarse todos los escrúpulos de los señores diputados y el temor que la existencia del clero regular y secular, para el caso de guerra pueda envilecer ni siquiera aminorar la fibra patriótica de los argentinos.

Por este motivo, con las salvedades antes hechas, he de votar por el artículo, porque me parece que el señor diputado ha encontrado de una manera clara, prudente, previsora y patriótica la fórmula de conciliación que ha de hacer desaparecer todos los inconvenientes que traería esa excepción odiosa, por más justificada que pareciera, en favor del clero regular y secular del país; pero al mismo tiempo que manifiesto esta opinión favorable al artículo presentado por el señor diputado por Santa Fe, creo de mi deber manifestar que su colocación no corresponde al título de la ley que discutimos, sino al de las disposiciones generales, en el cual debería figurar como artículo 11.

Sr. Fonrouge—¿Me permite el señor diputado una pregunta?

¿En qué condiciones quedan los sacerdotes argentinos de otras religiones?

Sr. Olivera—Es el objeto del artículo: que no entren.

Sr. Vivanco (P.)—¿Por qué no han de entrar? ¿Quién priva al señor diputado por Buenos Aires, ó al señor diputado que me interrumpe, de que propongan eso?

Sr. Fonrouge—Yo no propongo nada: pregunto simplemente en qué con-

diciones quedan los sacerdotes de otras religiones.

Sr. Vivanco (P.)—Están en el número de las excepciones; y si ha habido alguien que ha indicado que los sacerdotes católicos sean incorporados al ejército, para estos casos de guerra y simplemente para las funciones de su ministerio, ¿por qué no ha de haber otro señor diputado que pida para los demás sacerdotes una disposición semejante?

Sr. Fonrouge—Es un nuevo mecanismo que se interduce.

Sr. Vivanco (P.)—Es un error, no hay tal mecanismo.

Sr. Presidente—Debo recordar al señor diputado que lo que está en discusión es la moción de orden del señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Coronado—Es una moción de reconsideración.

Sr. Demaría—Acaba la cámara de resolver tratar sobre tablas el artículo.

Sr. Balestra—No siente malos precedentes...

Sr. Vivanco (P.)—Se me está interrumpiendo, cuando estoy contestando la interrupción del señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Presidente—No he querido interrumpir al señor diputado, sino recordarle que está hablando sobre el asunto en general y que lo que está en discusión es la moción de orden: si debe ó nó volver el asunto á comisión.

Sr. Vivanco (P.)—Perfectamente.

Había empezado oponiéndome á la moción del señor diputado por Santa Fe, contraria, en mi concepto, á las disposiciones reglamentarias.

Sr. Gómez (C. F.)—Es la jurisprudencia constante de la cámara.

Sr. Vivanco (P.)—No interpretemos así el reglamento. Estamos negando que los artículos invocados sean pertinentes.

Sr. Gómez (C. F.)—El señor presidente Avellaneda decía: hay que votar esto, porque si nó todo el proyecto vuelve á comisión.

Sr. Vivanco (P.)—Yo no sé lo que decía el presidente Avellaneda. Lo que sé es que los artículos invocados por el señor diputado no son pertinentes.

Sr. Gómez (C. F.)—Y yo entiendo que sí.

Sr. Vivanco (P.)—Perfectamente, no digo lo contrario. Pero la opinión del presidente Avellaneda, por más respetable que sea, no prevalece...

Sr. Gómez (C. F.)—Es la opinión de la cámara.

Sr. Vivanco (P.)—... no prevalece

sobre mi criterio para interpretar el reglamento.

Sr. Gómez (C. F.)—Y el señor diputado lo ha votado también.

Sr. Vivanco (P.)—No lo recuerdo y lo dudo mucho. Con el mismo derecho que el señor diputado cree que los artículos son pertinentes, yo creo que son impertinentes.

Decía lo siguiente: no me parece á mí que tenga el artículo propuesto la gravedad que se le quiere dar, á tal extremo que sea menester volver á comisión, no solamente ese artículo, sino todo el proyecto, como lo propone el señor diputado por Santa Fe. Y agregaba: yo no temo, francamente, porque por más peligrosa que se repunte la modificación propuesta, no me parece que la práctica haya demostrado que sea fundado ese temor, sino al contrario. Precisamente la tolerancia, la cultura, nos impone la imparcialidad, y no podemos desconocer lo que son hechos al alcance de todo el mundo. Esta es la historia vulgar, que se enseña en las escuelas. ¿Cuántos sacerdotes han figurado, desde la guerra de la independencia hasta ahora, para fundar la nacionalidad? ¿Se puede citar algún caso en que hayamos encontrado sacerdotes católicos con poca disposición á prestar su concurso? No, señor: al contrario, encontramos algunos que, olvidando su ministerio, han exagerado sus servicios como patriotas. No tengo para qué nombrarlos.

De manera que á mí, que soy liberal, que tengo un criterio amplio, humanitario, que respeto todas las creencias, porque pido lo mismo para las mías, no me alarma este artículo, y creo que en virtud de esa misma tolerancia y respeto para los demás, él servirá para satisfacer las aspiraciones y los deseos de muchísimos de los que entren á formar parte del ejército, siempre que al discutirse su alcance no perturbe los propósitos de la ley, y se salve el propósito del señor diputado que lo ha presentado.

Nada más.

Sr. Presidente—La presidencia entiende que al poner á votación si la cámara deseaba tomar inmediatamente en consideración el artículo propuesto por el señor diputado doctor Romero, ha interpretado los artículos 117, 128 y 129, leídos por el señor diputado por Santa Fe; y que por consiguiente, se ha resuelto que el asunto no debe pasar á comisión.

Ahora, cuando el señor diputado por Buenos Aires hace moción para que el artículo pase á comisión, la presidencia entiende que eso importa una moción de reconsideración.

Varios señores diputados—No, señor.

Sr. Balestra—Es una moción de orden que puede repetirse.

Sr. Presidente—Se votará la moción del señor diputado por Buenos Aires, para que el artículo propuesto por el señor diputado por Santa Fe pase á comisión.

—Se vota, y resulta negativa.

Sr. Presidente—Se votará el artículo propuesto...

Sr. Olivera—Pido la palabra.

Deseo observar solamente que ahora, bien explicado este artículo, queda reducido á una aparente obligación para los sacerdotes, que se disuelve como una columna de humo delante de un viento rápido.

No es una obligación, según dice el señor diputado que lo presentó.

El gobierno podrá sacar los sacerdotes que le convenga para el uso del ejército. Luego si no es una obligación, ¿para qué va á figurar en la ley? Si el objeto del sacerdote es recoger heridos, ¿qué objeto tiene la asociación de la Cruz Roja, sometida á los reglamentos militares, subordinada al pensamiento del gobierno, disciplinada, con hombres que no lloran cuando van á recoger los heridos y los muertos, porque estando bajo la obediencia militar, se les penaría, se les corregiría, si introdujeran con su poco temple de espíritu un desaliento cualquiera en el ejército?

Si el proyecto del ministerio de la guerra exceptuaba á los sacerdotes de todas las religiones, con lo que bastaba que un ciudadano se declarara de la religión turca para que no fuera al ejército, lo que convenía era evitar que en una ley de organización militar se introdujera, ni por el más pequeño resquicio, la influencia del sacerdote de cualquier religión.

Es entonces completamente inútil que este artículo figure en la ley, puesto que no establece una obligación. El gobierno no necesita absolutamente de este permiso para llamar á los sacerdotes destinados á la confesión de los moribundos, puesto que ya existe el cuerpo de capellanes. Luego ¿qué objeto tiene presentar este artículo aquí?

Quería demostrar eso, solamente.

Sr. Gouchon—Pido la palabra.

El pensamiento que ha informado este artículo ha sido claramente expuesto por su autor. El ha dicho que quiere que se cree un estado de honor para el sacerdote. Ya sabemos cuánto ha pugnado la Iglesia contra su doctrina fundamental, la doctrina de Cristo, para mantener á la humanidad dividida en clases. Esa tendencia perdura y perdurará en mal de la Iglesia, que vemos decaer día á día á punto que no es ni sombra ya de aquella de civilización y de progreso, porque á través del tiempo ha ido apoderándose de todo aquello que constituía la base del paganismo, resurgiendo así de su tumba esa religión de barbarie y de corrupción que el Cristo demolió con su esfuerzo y su sacrificio.

Los principios de la libertad humana, del culto de los hombres, la Iglesia ha luchado perdurablemente por hacerlos desaparecer, á fin de mantenerlos en estado perpetuo de guerra y alentar todas las luchas en que se ha derramado torrentes de sangre, lucha constante que ha detenido la marcha de la ciencia durante muchos siglos.

Ya no son todos los ciudadanos argentinos obligados al servicio militar, sujetos á penas cuando no se presten á cumplirlo, en épocas determinadas, según su edad, según el sorteo para concurrir á alistarse bajo las banderas de la patria, para dar al país lo que deben darle todos sus hijos, sin distinción de creencias religiosas, sin distinción de posición social; no, no es eso. Lo que se propone es una hábil maniobra para distraer el debate del artículo de las excepciones y resolverlo anticipadamente, dejando establecido que los seminaristas y los monjes no están obligados á prestar ese servicio militar.

He presentado un proyecto igualándolos con todos los demás ciudadanos argentinos; porque si empezamos por establecer que el clero católico argentino no tiene más obligaciones que concurrir á prestar los servicios propios de su ministerio, en la forma que lo establece el autor del artículo, debiendo el señor ministro de la guerra solicitar del señor arzobispo que le facilite estos elementos de guerra, vendrá á consagrarse una distinción, señor presidente, que pugna con la igualdad establecida por la constitución, que no debemos consentir en manera alguna.

El ejército argentino tiene su organización especial, respetando la libertad

de conciencia del ciudadano cuando forma parte del ejército de la patria, y está establecida en el presupuesto una partida para sostener uno ó más capellanes en cada batallón; y en el estado de guerra ese número de capellanes sería aumentado, á fin de que los espíritus católicos no teman el momento terrible de la batalla al sospechar que pueda faltarles ese auxilio que ellos creen necesario para abrirse las puertas de la eternidad.

Entonces, señor presidente, no es con fines religiosos, no es con el propósito de que el soldado católico tenga los auxilios en el campo de batalla, porque esto la ley lo prevé y la organización militar lo establece. No! Es la tendencia permanente, á querer hacer sentir sobre la sociedad un poder que no debe existir. El poder de la Iglesia está subordinado al estado; el estado arriba de todo, á pesar del esfuerzo constante que hace el clero católico para hacer creer á la masa popular que el poder reside en el Papa! (*Aplausos en la barra.*)

No, señor presidente! No debemos aceptar este caballo troyano que se nos ha presentado con colores tan vivos, invocando el bien de la patria; no. Y si yo hablara en nombre de la iglesia católica, diría también que ese proyecto, presentado por un miembro elevado del clero, conspira contra los intereses de la religión.

El estado no debe intervenir en lo que constituye en realidad el culto. El culto, las relaciones que hay entre el hombre y Dios, como ha dicho san Agustín, están exentas de la autoridad nuestra, están exentas de la autoridad del estado: el estado interviene solamente en las manifestaciones externas de ese culto para mantenerlo dentro de los límites de la moral, dentro de los límites de las exigencias sociales y políticas de un país.

Se quiere tal vez halagar al señor ministro de la guerra, diciéndole que si llega, desgraciadamente, la hora de la prueba, habrá una multitud enorme de sacerdotes detrás de su ejército para llevarle las bendiciones de la Iglesia. (*Risas.*)

Pero en ese caso, yo diría al señor ministro: No aceptéis esos aliados! (*Risas*) No los aceptéis por consideración alguna, porque la historia os dice que son muy malas alianzas. (*Risas.*)

Maximiliano, cuando fué á Méjico, llevó las bendiciones del Papa, y todos

sabemos como terminó Maximiliano en Querétaro! Isabel II subió al trono de España con las bendiciones del Papa, y fué destronada. (*¡Muy bien!*) Francisco José, emperador de Austria, recibió las bendiciones del Papa, y la batalla de Sadowa dió cuenta de lo que ellas valen! Napoleón III fué bendecido por el Papa, y Sedan dió cuenta igualmente de lo que tales bendiciones le valieron! Y las armas españolas últimamente, fueron también bendecidas por el Papa, y Cavite y Santiago de Cuba dan cuenta de esas bendiciones!

En cambio, señor presidente, nuestras armas fueron condenadas por el Papa (*Risas*) y cuál fué el resultado? Salta, Tucumán, Chacabuco, Maipo, Junín y Ayacucho! (*¡Muy bien! Grandes aplausos en la barra*).

El ejército de Garibaldi fué condenado por el Papa, y el resultado fueron Marsala, Voltorno y Dijon!

¡Yo no quiero para mi patria las bendiciones de esa religión! (*¡Muy bien!*)

Sr. Demaría—Pido la palabra.

¡Hemos demostrado... (*ahuecando la voz*) que sabemos historial (*siseos en la cámara y en la barra*). No es el caso de hacer una cuestión de esta importancia! No, señor presidente!

Sr. Gouchon—Pido al señor diputado que guarde el respeto debido á un miembro del parlamento.

Sr. Demaría (*En el mismo tono*)—¡Yo no he dicho nada personal!

Sr. Gouchon—¡Yo pido al inquisidor el respeto que debe á un miembro del parlamento! (*Aplausos y bravos en la barra.*)

Sr. Demaría—¡Yo no he faltado al respeto á nadie, absolutamente á nadie!

Y yo soy muy dueño de elegir, como otros eligen, la forma de oratoria que más me cuadre! (*Siseos en la barra.*)

Sr. Vivanco (P.)—Pido á la presidencia que haga respetar por la barra al diputado que tiene la palabra.

Sr. Presidente—Permítame el señor diputado.

Prevengo á la barra que le está absolutamente prohibido interrumpir los debates!

Sr. Demaría—El señor diputado me ha tratado de inquisidor, señor presidente, y yo no le he tratado de garibaldino, absolutamente! Yo, entonces, podría ser el agredido, no él. Pero quiero decir, con esas mismas formas oratorias que han sido traídas al debate, que es una cuestión sencilla, sin importancia, del punto de vista transcen-

dental que se le quiere dar. Es la simple reglamentación de un servicio en el ejército!

Sr. Sánchez—Pido la palabra.

Señor presidente: cuando tomo la palabra no es para hacer discursos sino para hacer un esfuerzo personal de mi parte á fin de que la ley salga lo mejor que sea posible.

Había dicho que el artículo que propone el señor diputado por Santa Fe es de una importancia que á primera vista no se conoce; pero que después de los discursos pronunciados ofrece serias dificultades para ser tratado sobre tablas.

¿Qué importa, señor presidente, el artículo que propone el señor diputado por Santa Fe? ¿Importa un servicio militar? Esa es la cuestión.

No es servicio militar, el que se impone por el artículo propuesto por el señor diputado: es un servicio religioso.

Y yo pregunto: ¿puede el congreso imponer servicios religiosos en el ejército ó en cualquiera otra parte?

Véase, cómo esta sola consideración pone como de relieve la importancia transcendental del artículo.

He escuchado con mucha atención los discursos pronunciados por los señores diputados; pero me parece que ninguno ha herido la cuestión.

Cuando yo he dicho que es un precepto imperativo el que proponía el señor diputado por Santa Fe, entendía que eran todos los miembros del clero católico, tal como suena en las palabras del artículo, y no simplemente los miembros del clero argentino.

Sr. Vivanco (P.)—No puede hacerse prestar servicio militar sino á los argentinos.

Sr. Sánchez—Esa es cuestión que se ventila en muchas partes: si los extranjeros pueden ser sometidos al servicio militar.

Sr. Vivanco (P.)—¿Los extranjeros? Aquí no; aquí los argentinos solamente.

Sr. Sánchez—Como miembros del clero católico están sometidos á la ley nacional, como miembros de la iglesia nacional.

Sr. Vivanco (P.)—Un argentino puede ser católico ó nó; pero no puede dejar de ser argentino.

Sr. Sánchez—Los miembros del clero católico, aunque sean extranjeros, en nuestro país son miembros de la iglesia nacional.

Sr. Romero—No, señor.

Sr. Sánchez—Y como miembros de la iglesia nacional,—si esa consideración puede ser tomada en cuenta por el congreso para determinar sobre sus obligaciones los preceptos que estime convenientes,—sean argentinos ó extranjeros, siendo parte de la iglesia nacional, están obligados á las prescripciones establecidas por ley.

Sr. Vivanco (P.)—Me he de oponer al servicio de los sacerdotes extranjeros por reputarlo peligroso.

Sr. Sánchez—Pero esa no es la cuestión. La cuestión es si en una ley militar debe figurar un precepto de esa naturaleza.

¿Por qué meternos, á legislar sobre servicio religioso? ¿Qué objeto se propone el señor ministro al aceptar este artículo? ¿Exigir servicio militar á los ciudadanos de 20 á 28 años en el ejército de línea permanente, y exigir ese servicio religioso solo en tiempo de guerra?

Pero, señor presidente: cuando el mismo señor diputado por Santa Fe ha dicho que esto no es obligatorio para todos los miembros de la iglesia católica, cuando esto se deja solamente á la voluntad de ellos ó del presidente de la República, para cuando estime conveniente hacerlos servir, no tiene significación este precepto de la ley.

O es imperativo, ó no lo es.

Sr. Romero—Es imperativo.

Sr. Sánchez—Entonces, todos los miembros de la iglesia católica argentina estarán obligados á servir, y entonces se establecerá esto: una especie de cruz roja constituída por el clero enviado al ejército.

Todo esto está demostrando que este artículo no debe ser tratado, que no puede ser aceptado como artículo integrante de una ley militar, porque no cabe en ella.

Yo preguntaría al señor ministro, que ha estudiado todas las leyes militares del mundo, si hay alguna ley que contenga un artículo de esta clase: no lo encontrará.

Sr. Lartigau—Pido la palabra.

La discusión nos ha demostrado que este es un artículo de excepción. Estamos tratando del servicio obligatorio en el ejército, y dentro de su reglamentación se introduce un artículo que establece desde luego una excepción, pues to que se incorporaría al ejército á personas que no van á prestar servicio obligatorio.

En consecuencia, hago moción para

que este artículo quede aplazado y se discuta cuando se trate el título 11, sobre las excepciones.

Sr. Presidente—Está en discusión la moción del señor diputado.

—No haciéndose uso de la palabra, se vota y resulta negativa.

Varios señores diputados—Que se rectifique.

—Se rectifica, y resulta empatada la votación.

—Reabierto la discusión y no haciéndose uso de la palabra, se vota nuevamente la moción, y es aprobada por 32 votos contra 30.

Sr. Presidente—En la sesión anterior quedó pendiente la discusión del artículo 8º, ahora 7º, para tratarlo en la sesión de hoy.

Está en discusión.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

Hemos llegado, señor presidente, entre varios diputados, á formular una ampliación á este artículo 8º, que creo ha de merecer la aprobacion de la cámara.

Es esta,—y rogaría á los señores diputados que tuvieran á la vista la orden del día:—agregar á dicho artículo 8º la palabra *nacional*. De manera que quedaran limitadas las prescripciones sobre restricciones establecidas al poder ejecutivo para los casos de convocatoria á las elecciones nacionales, y agregar al artículo lo siguiente: *nacional*, después de «acto electoral», al final del artículo, y en seguida: «El poder ejecutivo tratará en lo posible que las convocatorias no impidan á los ciudadanos el ejercicio de sus derechos en los actos electorales provinciales.»

Esta ampliación se funda por sí misma.

No es posible perturbar toda la movilización de una región militar, que puede responder á muchas y urgentes necesidades nacionales, porque algunos ciudadanos que hagan parte de esa región queden privados de algún derecho electoral provincial; y no es posible tampoco no establecer en la ley alguna indicación tendente á que, mientras sea posible, esos ciudadanos no sean perturbados en el ejercicio de sus derechos electorales provinciales.

Hemos creído que el artículo, tal como está, marca al poder ejecutivo el rumbo y el espíritu de la cámara, y sin embargo, no le establece una prescrip-

ción terminante, que pudiera ser una verdadera perturbación en el momento de una movilización ó de un ensayo de movilización.

Es todo lo que tengo que decir sobre este artículo.

Sr. Sánchez—Pido la palabra.

Me ha de disculpar la cámara si ocupo nuevamente su atención; pero estoy, en cierto modo comprometido personalmente á manifestar mi opinión sobre este asunto.

La modificación propuesta lejos de mejorar la redacción del artículo, la desmejora, porque me parece que esta ley militar no solamente no debe perturbar las elecciones de carácter nacional, ni las inscripciones tampoco, como actos preparatorios para las elecciones nacionales, sino que también debe ser respetuosa para con las instituciones provinciales.

Señor presidente: toda la vida republicana, puede decirse, está en los estados, en las provincias. Suprimamos este rodaje de los gobiernos provinciales, y tendremos ¿qué? No tendremos un gobierno federal, por que éste se funda precisamente en la existencia y el respeto de las autonomías provinciales.

De modo que no solamente deben ser respetadas las elecciones nacionales, sino también las provinciales, porque es precisamente en las provincias donde se hace verdaderamente vida democrática.

Con este motivo, debo recordar—y los señores diputados por Córdoba las han de tener presentes—las palabras del doctor Gerónimo Cortés. Se encontraba éste en la convención de Córdoba, y refiriéndose á la frecuencia de las elecciones, que él preconizaba en la provincia, decía que de donde partía el espíritu democrático republicano no era de la nación, de las esferas del gobierno federal, sino de las provincias. Es en las provincias en donde se forman los ciudadanos; es en las provincias en donde se enseña, se estudia y se practica la vida republicana. Por consiguiente, decía, es necesario que las elecciones sean muy frecuentes en los estados, como lo son en los Estados Unidos.

Traigo este recuerdo para demostrar la importancia que tienen las instituciones provinciales y el respeto que debe merecerles á las leyes de la nación.

Si este artículo pasa, vamos á tener estas consecuencias: que cada estado se va á ver en la necesidad de reformar su constitución ó de reformar sus leyes

de elecciones provinciales y municipales, ó bien nos exponemos á que esta ley no se cumpla.

Estas son las consecuencias que tendrá el artículo tal como se propone.

He manifestado en antesalas que sería conveniente que este artículo no se tratara todavía, por ser bastante delicado, y que debería dejarse para el final de la discusión de esta ley, porque á la verdad que ofrece tantas dificultades y encierra tantos inconvenientes para armonizarlo con las instituciones provinciales, que es difícil votarlo, aparte de lo que tengo manifestado ya en la discusión en general.

Se trata precisamente de la instrucción de las reservas. Este artículo establece que las reservas serán instruídas en maniobras ó ejercicios doctrinales en ciertos períodos en el término de ocho años. No habla del servicio activo ni del servicio obligatorio impuesto por el primer artículo. De manera que se trata de la instrucción de la reserva; de esta reserva que es una mistificación, porque es la federalización de la guardia nacional de 20 á 28 años.

De manera que no sólo se tiene el inconveniente ya expuesto, sino este otro, de que he hablado en la discusión en general.

Véase cómo es de tanta gravedad, que no puede ser tratado, si la comisión no nos presenta alguna modificación que venga á hacer posible el cumplimiento de este artículo.

Sr. Demaría—Pido la palabra.

No veo inconveniente en que se acceda á lo manifestado por el señor diputado, de que quede este artículo para el final de la discusión de la ley, aun cuando no creo que pueda llegarse á encontrar una fórmula más amplia.

Sr. Salas—¿Hay número, señor presidente?

Sr. Presidente—Sí señor, hay número.

Se está invitando á los señores diputados que se encuentran en antesalas á que pasen al recinto.

—Después de un momento de espera, dice el

Sr. Presidente—Había número, pero se han retirado algunos señores diputados.

Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Se pasa á cuarto intermedio siendo las 6 y 35 p. m.